

Francis Scott Fitzgerald

# El gran Gatsby

Traducido del inglés  
por Ramón Buenaventura

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Great Gatsby*

Primera edición: 2013

Cuarta edición: 2023

Ilustración y diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard /[www.elsasuairez.com](http://www.elsasuairez.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Ramón Buenaventura Sánchez-Paños, 2013

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-1148-300-1

Depósito legal: M. 5.561-2023

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*Una vez más, para Zelda*



## Nota previa sobre la traducción

Hemos intentado repetir en castellano el modo en que Fitzgerald utiliza el inglés, llevándolo a veces hasta las fronteras de la gramática, poniendo especial cuidado en no bajar nunca la tensión, en que los adjetivos que se aplican a los personajes tengan un simbolismo especial (Daisy es de oro, pero el amarillo transpira fealdad), en forzar las imágenes todo lo que sea necesario, hasta hacerlas insólitas y, sobre todo, potentes, en rechazar la vulgaridad.

El lector, pues, no debe sorprenderse cuando llegue a párrafos que no se ajustan a lo habitual en español: tampoco se ajustan a lo habitual en inglés.

Por otra parte, aclaremos que la decisión de mantener la traducción tradicional española del título se toma sin alegría del traductor: habríamos preferido *Gatsby el Magnífico*, imitando la versión francesa.



Ponte, pues, el sombrero dorado, a ver si la emocionas;  
si eres bueno saltando, brinca también por ella,  
hasta hacerla exclamar: «Amor del sombrero dorado,  
amor saltarín, ¡has de ser mío!».

THOMAS PARKE D'INVILLIERS





## Capítulo 1

En mis años jóvenes y más vulnerables mi padre me dio un consejo sobre el que llevo recapacitando desde entonces.

«Cuando te sientas con ganas de criticar a alguien –me dijo–, recuerda que en este mundo no todos han tenido las mismas ventajas que tú.»

No dijo más, pero siempre hemos sido extraordinariamente comunicativos dentro de nuestra reserva, y comprendí que me estaba diciendo mucho más que eso. En consecuencia, tiendo a reservarme todos los juicios, hábito que me ha abierto muchas naturalezas dignas de atención y también me ha hecho víctima de no pocos pelmazos inveterados. La mentalidad anómala en seguida capta esta peculiaridad, para utilizarla, cuando se presenta en una persona normal, y así ocurrió que en la universidad fui injustamente acusado de político, porque estaba al tanto de las congojas secretas de hombres brutales y desconocidos. Casi todas las confidencias eran no solicitadas: frecuentemente he fingido sueño, preocupación o ligereza hostil cuando me percataba por

alguna señal inconfundible de que una revelación íntima se estremecía en el horizonte; pues las revelaciones íntimas de los jóvenes, o al menos los términos en que las expresan, suelen ser plagiarías y adolecer de obvias supresiones. Abstenerse de juzgar requiere una esperanza infinita. Todavía me da un poco de miedo perderme algo si olvido que, como mi padre no sin cierto esnobismo me sugirió, y no sin cierto esnobismo repito yo, la noción de los decoros fundamentales se reparte desigualmente al nacer.

Y, tras alardear así de mi tolerancia, vengo a admitir que tiene límite. El comportamiento puede cimentarse en dura roca o en húmedo cenagal, pero más allá de un cierto punto deja de importarme en qué se cimienta. Cuando regresé del Este el pasado otoño, noté en mí el deseo de que el mundo vistiera de uniforme y se mantuviese en posición moral de firmes para siempre; no deseaba más excursiones alborotadas con vislumbres privilegiados del corazón humano. Solo Gatsby, el hombre que da título a este libro, quedaba exento de mi reacción: Gatsby, que representaba todo aquello por lo que yo siento un natural desprecio. Si la personalidad es una serie ininterrumpida de gestos logrados, entonces es que había algo encantador en él, una reforzada sensibilidad a las promesas de la vida, como si estuviera conectado a una de esas máquinas intrincadas que registran los terremotos a diez mil

millas de distancia. Esta receptividad no guardaba relación alguna con la fofa impresionabilidad que dignificamos con el nombre de «temperamento creativo»: era un don extraordinario para la esperanza, una alacridad romántica que nunca encontré en ninguna otra persona y que no es probable que vuelva a encontrar. No: Gatsby resultó correcto al final; era lo que se apoderaba de Gatsby, la parte de sucia polvareda que flotaba en la estela de sus sueños, lo que cerraba temporalmente mi interés por las penas infructíferas y los júbilos alicortos de los hombres.

Mi familia lleva tres generaciones entre las más importantes y acomodadas de esta ciudad del Medio Oeste. Los Carraway somos una especie de clan, y según nuestra tradición descendemos de los duques de Buccleuch, pero el auténtico fundador de mi linaje fue el hermano de mi abuelo, que llegó aquí en el año 1851, envió a un reemplazo a la Guerra Civil y puso en marcha el próspero negocio de ferretería al por mayor que mi padre sigue llevando en la actualidad.

Nunca llegué a ver a dicho tío abuelo, pero dicen que me parezco a él, basándose sobre todo en el retrato más bien tosco que cuelga en el despacho de mi padre. Terminé mis estudios en Yale, New Haven, en 1915, precisamente un cuarto de siglo después que mi padre, y algo más tarde tomé parte en esa migración teutónica retardada

que se conoce por el nombre de Gran Guerra. Disfruté tantísimo con la réplica a la invasión que volví a casa muy inquieto. En vez de ser el cálido centro del mundo, el Medio Oeste se me antojaba ahora el andrajoso borde del universo; de modo que decidí marchar al Este a ejercitarme en el negocio de los bonos. Todos mis conocidos andaban en el negocio de los bonos, y supuse que en él habría sitio para uno más. Todas mis tías y todos mis tíos lo deliberaron como si estuvieran eligiéndome una escuela primaria, y acabaron diciendo: «Bueno, esto, biennn», poniendo unas caras muy serias y dubitativas. Mi padre aceptó mantenerme durante un año, y tras varios aplazamientos llegué al Este, para siempre, pensé, en la primavera de 1922.

Lo más práctico habría sido buscar acomodo en la ciudad, pero hacía calor y yo acababa de abandonar un país de anchas praderas y árboles amistosos, así que cuando un joven del despacho sugirió que alquiláramos una casa juntos en una zona residencial, me pareció una gran idea. Fue él quien encontró la casa, pequeña, de una sola planta, con las paredes de cartón y muy maltratada por los elementos, por ochenta dólares al mes, pero a última hora la compañía lo trasladó a Washington, y me fui yo solo al campo. Tenía un perro –o al menos lo tuve unos días, hasta que se escapó– y un viejo Dodge y una finlandesa que me hacía la cama y me preparaba el desayuno y

murmuraba para sí fragmentos de sabiduría finlandesa ante la cocina eléctrica.

Fue la soledad durante un día, más o menos, hasta que una mañana un individuo, llegado más recientemente que yo, me paró en el camino:

—¿Por dónde se va a West Egg? —me preguntó, desamparado.

Se lo dije. Y cuando seguí andando ya no estaba solo. Era un guía, un pionero, un primer poblador. Aquel hombre, sin pretenderlo, me había otorgado la libertad del vecindario.

Y así con el sol y con las hojas creciendo a reventones en los árboles, como crecen las cosas a cámara rápida en las películas, estaba en el familiar convencimiento de que la vida volvería a empezar con el verano.

¡Había tanto que leer, en principio, y tanta buena salud que cosechar de aquel aire tan joven y tan vigorizante! Me compré doce libros sobre banca y crédito y títulos de inversión, y los puse a lucir en la estantería, con sus rojos y sus dorados, como monedas recién salidas de la ceca, prometiendo desvelarme los deslumbrantes secretos que solo Midas y Morgan y Mecenas alcanzaron a conocer. Y tenía la elevada intención de leer además otros muchos libros. En la universidad había sido bastante literario: un año escribí una serie de editoriales muy solemnes y muy obvios para el *Yale News*; y ahora iba a reponer todo eso en mi vida, para convertirme otra vez en el más

limitado de los especialistas, es decir, en uno de esos hombres que saben de todo un poco. Lo cual es algo más que una frase hecha: a fin de cuentas, la vida se contempla con mucho más éxito desde una sola ventana.

Fue cuestión de suerte que alquilara la casa en una de las comunidades más raras de Norteamérica. Estaba en esa isla esbelta y bullanguera que se extiende hacia el este desde Nueva York, y donde hay, entre otras curiosidades naturales, dos formaciones terrestres insólitas. A veinte millas de la ciudad un par de huevos enormes, de contorno idéntico, y separados solo por una bahía apenas digna de tal nombre, se adentran en la extensión de agua salada más domesticada de todo el hemisferio occidental, una especie de patio grande y húmedo llamado Estrecho de Long Island. No son óvalos perfectos –como el huevo de la anécdota colombina, ambos están aplastados en la zona de contacto–, pero su parecido físico debe de ser causa de perpetua confusión para las gaviotas que los sobrevuelan. Para los desalados, es fenómeno más llamativo su falta de disimilitud en todos los aspectos, quitados la forma y el tamaño.

Yo vivía en el West Egg, el, digamos, menos chic de los dos, aunque esta etiqueta resulte muy superficial para expresar el extraño y no poco siniestro contraste entre ambos. Mi casa estaba en la mismísima punta del huevo, a solo cincuenta

yardas del Estrecho, y aplastada entre dos enormes viviendas que se alquilaban a doce o quince mil dólares la temporada. La de mi derecha era colosal desde cualquier punto de vista que se considerase: era copia fiel de un ayuntamiento de Normandía, con una torre lateral, nueva y pimpante bajo una ligera barba de hiedra, y una piscina de mármol, y más de cuarenta acres de césped y jardín. Era la mansión de Gatsby. O, mejor dicho, dado que yo no conocía al señor Gatsby, era la mansión habitada por un caballero de tal nombre. Mi casa hacía daño a la vista, pero poco daño, y estaba en un altozano, así que tenía vistas al mar, vista parcial de las praderas de mi vecino y una confortadora cercanía de millonarios... todo por ochenta dólares al mes.

Al otro lado de la bahía apenas digna de tal nombre los palacios blancos del elegante East Egg chispeaban a lo largo de la orilla, y la historia del verano comienza de veras la atardecida en que crucé en coche para cenar en casa de los Buchanan. Daisy era prima segunda mía y a Tom lo conocía de la universidad. Y justo después de la guerra había pasado dos días con ellos en Chicago.

El marido, entre otros diversos logros físicos, había sido uno de los más potentes extremos entre los que alguna vez jugaron al fútbol en New Haven: una figura nacional en cierto modo, uno de esos hombres que alcanzan una excelencia tan

señalada a los veintiún años que todo lo que les viene después deja un regusto de anticlímax. Su familia era enormemente rica –ya en la universidad su trato libre con el dinero era objeto de reproche– pero ahora había abandonado Chicago para venirse al Este de un modo que lo dejaba a uno sin aliento: por ejemplo, se había bajado de Lake Forest toda una cuadra de caballos de polo. Costaba trabajo aceptar que un hombre de mi generación fuera tan rico como para eso.

Por qué se vinieron al Este, no lo sé. Pasaron un año en Francia porque sí y luego anduvieron a la deriva de aquí para allá, sin descanso, por todos los sitios en que la gente se juntaba para jugar al polo y tener dinero. Daisy me dijo por teléfono que esta última mudanza iba a ser permanente, pero no me lo creí: no porque tuviese acceso al corazón de mi prima, sino porque me parecía que Tom permanecería para siempre a la deriva, buscando, no sin melancolía, la dramática turbulencia de algún partido de fútbol irrecuperable.

Y así fue como un cálido atardecer, con mucho viento, me trasladé en coche al East Egg para ver a dos amigos a quienes apenas conocía. Su casa era aún más refinada de lo que había imaginado: una mansión roja y blanca de estilo georgiano colonial, muy alegre, desde la que se dominaba la bahía. El césped empezaba en la playa y recorría un cuarto de milla hasta la parte delantera de la casa, saltando por encima de relojes



de sol y senderos de ladrillo y jardines ardientes, para, finalmente, al alcanzar la casa, subírsele por un lado en forma de enredadera resplandeciente, como aprovechando el impulso de su carrera. Interrumpía la fachada una hilera de ventanales, ahora con reflejos dorados y abiertos de par en par a la tarde ventosa; y Tom Buchanan, en traje de montar, estaba ahí de pie, con las piernas separadas, en el porche delantero.

Había cambiado desde los tiempos de New Haven. Ahora era un robusto hombre de treinta años con el pelo pajizo, una boca más bien dura y un talante desdeñoso. Dos ojos de brillo arrogante se habían apoderado de su rostro y le conferían el aspecto de estar siempre inclinándose agresivamente hacia delante. Ni siquiera el toque afeminado de su ropa de montar alcanzaba a ocultar el enorme poderío de ese cuerpo: parecía henchir las botas resplandecientes hasta tensar los cordones, y era observable el modo en que los músculos se le abultaban bajo la chaqueta ligera al mover un hombro. Era un cuerpo capaz de una enorme potencia: un cuerpo cruel.

Su voz al hablar, de tenor pero ronca y áspera, reforzaba la impresión de desafío que transmitía. Había un toque de desprecio paternal en ella, incluso con las personas que le caían bien; en New Haven ya hubo quien lo odiaba a muerte.

«No, no vayas a creer que mi opinión en este asunto es resolutoria –parecía decir–, solo porque

soy más fuerte y más hombre que tú.» Estábamos en la misma agrupación de alumnos mayores, y aunque nunca llegamos a intimar, siempre tuve la impresión de que me daba su aprobación y de que deseaba caermé bien con una especie de ansiedad muy personal, entre triste y desafiante.

Estuvimos hablando unos minutos en el porche lleno de sol.

–Es muy bonito este sitio que tengo –dijo, con los ojos lanzándosele inquietos de un lado para otro.

Tras hacerme girar cogiéndome del brazo, recorrió con la mano ancha y plana el panorama delantero, incluyendo en su barrido un jardín italiano a nivel inferior, medio acre de rosas pungentes y profundas y una barca chata, de motor, en que chocaban las olas costeras.

–Pertenebió a Demaine, el magnate del petróleo.

De nuevo me hizo girar, con tanta cortesía como brusquedad.

–Vamos dentro.

Pasamos por un recibidor de techo alto a un espacio de color rosa brillante, frágilmente unido a la casa por un ventanal al principio y otro al final. Las ventanas estaban entornadas y eran de un blanco centelleante en contraste con la hierba fresca del exterior, que daba la impresión de introducirse un poco en la casa. La brisa recorría la estancia, inflando las cortinas hacia dentro en un

extremo y hacia fuera en el otro, como banderas pálidas, levantándolas hacia el pastel de boda del techo, para a continuación arrugar la alfombra color vino, trazando en ella una sombra como la que el viento traza en el mar.

El único objeto totalmente inmóvil de la estancia era un enorme diván en el que dos mujeres jóvenes estaban abalizadas como en lo alto de un globo cautivo. Ambas iban de blanco, y sus vestidos ondeaban y revoloteaban como si acabara de traerlas de regreso el viento tras un corto vuelo en torno a la casa. Yo debí de permanecer unos momentos escuchando los latigazos y chasquidos de las cortinas y el gemido de un cuadro al rozar con la pared. Luego hubo un estampido cuando Tom Buchanan cerró los ventanales traseros y el aire, atrapado, fue languideciendo en la estancia, y las cortinas y las alfombras y las dos jóvenes fueron bajando como globos hasta el suelo.

La más joven de las dos me era desconocida. Estaba tendida cuan larga era en su parte del sofá, totalmente quieta, y con la barbilla un poco levantada, como manteniendo en equilibrio algo con bastantes probabilidades de caerse. Quizá me viera por el rabillo del ojo, pero no dio señal de ello: de hecho, casi me sorprendí al murmurar una excusa por haberla molestado con mi presencia.

La otra chica, Daisy, hizo amago de levantarse—se inclinó ligeramente hacia delante con expresión de ir a cumplir con su deber— y luego se echó

a reír, una risa absurda y encantadora, y yo me reí también y acabé de entrar en la habitación.

—Estoy pa-paralizada de alegría.

Volvió a reírse, como si acabara de decir algo muy ocurrente, y me estrechó la mano un momento, mirándome a la cara, y me aseguró que no había nadie en este mundo a quien tuviera más ganas de ver. Era su modo de comportarse. Dio a entender con un murmullo que la equilibrista se llamaba Baker de apellido. (He oído decir que el murmullo de Daisy solo tenía por objeto hacer que los demás se agacharan en su dirección; crítica irrelevante que no lo hacía menos encantador.)

De todas formas, Miss Baker, moviendo un poco los labios, me dirigió una inclinación de cabeza casi imperceptible y en seguida recuperó la postura: evidentemente, el objeto que mantenía en equilibrio se había tambaleado un poco, dándole un susto. Una nueva excusa brotó de mis labios. Hay pocas exhibiciones de completa autosuficiencia que no me arranquen un tributo abrumado.

Miré de nuevo a mi prima, que se puso a hacerme preguntas en su tono grave y emocionante. La suya era una de esas voces que el oído sigue hacia arriba y hacia abajo, como si cada oración fuera una serie de notas que nunca más volverían a interpretarse. Tenía un rostro triste y adorable, con toques brillantes en él: unos ojos brillantes y una boca brillante, apasionada, pero había una excitación en su voz que a los

hombres que se habían interesado en ella les resultaba difícil olvidar: una irrechazable invitación a cantar, un «Escúchame» susurrado, la afirmación de que acababa de hacer cosas alegres y emocionantes y de que otras cosas no menos alegres y emocionantes esperaban su turno en la próxima hora.

Le dije que había hecho una parada de un día en Chicago, en mi ruta hacia el Este, y que diez o doce personas me habían encargado que le transmitiese su afecto.

—¿Me echan de menos? —exclamó extasiada.

—La ciudad entera está desolada. Todos los automóviles llevan la rueda trasera izquierda pintada de negro, en señal de luto, y hay un lamento que recorre durante toda la noche la orilla norte.

—¡Qué estupendísimo! ¿Por qué no volvemos, Tom? ¡Mañana mismo!

Luego añadió sin que viniera a cuento:

—Tienes que ver a la niña.

—Me encantaría.

—Está durmiendo. Tiene tres años. ¿No la has visto nunca?

—Nunca.

—Pues deberías verla. Es...

Tom Buchanan, que había estado revoloteando inquieto por la habitación, hizo un alto y me puso una mano en el hombro.

—¿Tú a qué te dedicas, Nick?

—Negocio bonos.